

vigilancia y de fidelidad: inútilmente os lisonjeariais de recoger los frutos, si el celo no los anima, si la piedad no los fecunda; puesto que el mérito no consiste en inscribirse en los libros de una cofradía, sino en corresponder á las obligaciones contraidas por medio de la inocencia de costumbres, y la edificacion de las virtudes. Almas piadosas, porcion escogida del rebaño, que sois fieles, no solamente á la ley, sino tambien á las máximas de Jesucristo; alentaos y propagad con vuestro ejemplo estas santas devociones. Las madres que deseen de todas veras la salvacion de su familia, inseriban á sus hijos, desde sus tiernos años, en los libros de alguna cofradía, y acostúmbrenlos á las santas prácticas que los estatutos prescriban. Y, por último, procuren todos los cofrades formar un solo corazon y un alma en el amor de Jesucristo y de su Iglesia, para conseguir la union íntima y eterna, que ha de ser su felicidad en el cielo. Amen.

DIVISIONES.

COFRADÍA.—Cualquier cofradía, por humilde, ó poco importante que sea, puede servirnos de grande auxilio, siempre que nosotros nos inseribamos en ella por motivos piadosos.

Toda cofradía, por importante que sea, nos ocasiona graves perjuicios si, al inseribirnos en ella, nos guia un espíritu de impenitencia.

COFRADÍAS.—El celo las instituye.

La devocion las fomenta.

El libertinaje las destruye.

CÓLERA.

I.

Omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio.

Quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene.

(*Math. v, 22.*)

Aun cuando Jesucristo no nos hubiese dicho en términos tan claros y formales, que no habia venido á destruir la ley antigua, sino antes á cumplirla y perfeccionarla; las máximas que nos dejó en su Evangelio, no nos permitirian en manera alguna dudarle. Ya sabeis, dijo á sus apóstoles, que se previno á nuestros mayores: No matarás; y aquel que matáre, merecerá ser condenado en el juicio; pero yo exijo algo más: yo os digo, que quien se encoleriza contra su hermano, merece ser condenado por la justicia; no os contenteis, pues, con una justicia semejante á la de los fariseos, que creen hacer mucho con abstenerse del homicidio y otros crímenes enormes, que escandalizan por sí mismos los sentimientos de la naturaleza: yo quiero que la vuestra sea más perfecta y extensa, pues si no excede á la de los supuestos sábios, os aseguro, que no entrareis en el reino de los cielos: quiero que sofoqueis de tal modo los sentimientos de aspereza y de cólera que abrigueis contra vuestro prójimo, que si al ir al altar para presentar vuestra ofrenda, os acordais de que vuestro hermano está quejoso de vosotros, la dejéis allí para ir á reconciliaros con él. Ya veis, pues, amados hermanos míos, cual es la perfeccion que Jesucristo nos impone: quiere desterrar de nosotros toda ira, todo desabrimiento, todo resentimiento contra el prójimo; quiere que la caridad sea la señal distintiva de sus verdaderos discípulos. Ahora bien: pocos deben de ser los cristianos perfectos, puesto que son tantos los que se dejan dominar por la cólera. Casi no hay

pecado más comun en el mundo. Es el pecado de grandes y pequeños, de pobres y ricos, de sábios é ignorantes. ¿No os prestaría yo, pues, un gran servicio, si pudiera preservaros ó curaros de una pasion, que hace tantos estragos en la sociedad humana, y condena á un gran número de hombres? Para inspiraros todo el horror que merece, voy á considerarla en su causa y en sus efectos. Primeramente os demostraré, que no hay pasion más vituperable, en sus principios, que la cólera; y en seguida, que esta pasion es la más perniciosa por sus efectos. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La cólera es el disgusto que causa un mal que el hombre no puede sufrir, esforzándose para alejarlo. Si el mal se opone á la recta razon y á la ley de Dios, la cólera que procura desarraigarlo por medios legítimos, no es vituperable, por ser efecto del celo que se tiene por la gloria del Señor. Tal fué la cólera de Moisés, quien, viendo que los israelitas rodeaban y adoraban á un becerro de oro, concibió tanta indignacion, que hizo matar á veinte y cinco mil de ellos en castigo de aquella idolatría. Celoso tambien de la gloria del Señor, Jesucristo se encolerizó contra los profanadores del templo, de donde les expulsó á latigazos.

Pero la cólera, pasion desordenada y violenta, que arrastra al hombre á vengarse de las injurias, ó le irrita cuando las cosas no salen á medida de sus deseos, es muy fea en sus principios: ora venga, como en muchos, de un temperamento áspero y fogoso, que se aira al punto contra cuanto le choca ó le desagrada; ora sea una cólera que nace á impulsos de la reflexion, que crece paulatinamente, y escogita despacio los medios de dañar á su enemigo. Veamos, pues, cuales son los principios de esta pasion, para dar á conocer toda su fealdad, y hacerla mirar con la aversion que merece.

¿Por qué se encolerizan ordinariamente los hombres? La cólera dimana de un desenfrenado amor propio, ó del excesivo apego á los bienes de la tierra, ó de la falta de sumision á la voluntad de Dios. Tales son las fuentes venenosas que originan los desbordamientos de una pasion, que tantos estragos causa en el mundo. El hombre, lleno de amor propio, no quiere sufrir nada que contrarie sus inclinaciones y ofenda su delicadeza: en todo quisiera satisfacer su gusto; y como quiera, que no le es dado encontrar todos sus contentamientos en este mundo, la menor cosa que turba su sosiego, le impacienta y le irrita. Por consiguiente, el amor

propio engendra ese carácter sombrío y descontentadizo, que se manifiesta en ciertas circunstancias que alteran el orden de los placeres. El amor á una vida cómoda y sensual produce los arranques y arrebatos, de que algunos se dejan llevar por la menor cosa incómoda, por una futilidad que choca y desagrada, por un plato mal aderezado. Si el hombre tuviese menos amor propio, si no buscara tanto su comodidad y conveniencia, no se encolerizaria tan fácilmente.

El saludable aviso que se le dá por su bien, excita su indignacion hasta un excesivo grado de violencia. Un padre, una madre, un amo, una ama, un cura caritativo, tomarán medidas para apartar del mal á los que les deben obediencia, para hacerles entrar en el buen camino; esto basta para convertir á éstos en enemigos, que manifiestan su ira con quejas, murmullos, y, á veces, con palabras injuriosas contra las personas á quienes debieran respetar. Luego, el origen de los desórdenes á que la cólera arrastra al hombre, es un amor excesivo de sí mismo, un fondo de orgullo. Apelo á vuestra experiencia, amados hermanos míos. ¿Por qué os irritais con tanta facilidad? Si examinais bien la causa, vereis que es el amor propio que os domina y quisiera prevalecer en todo. A nadie quereis ceder, y quereis que todos cedan á vosotros, porque os creéis con más talento y razon que los demás. ¡Ah! exclamais en los accesos de vuestra cólera, no es justo verse despreciado, ofendido por personas que valen ménos que nosotros; en una palabra, debo vengarme á todo trance. Por lo tanto, ¿de qué dimana ese despecho, ese furor, sino del mal fondo que abrigais? El orgullo es el que os inspira unos sentimientos tan opuestos al espíritu del cristianismo.

Por lo demás, no creais, hermanos míos, que ese mal fondo, engendrador de la cólera, lo tengan solamente aquellos hombres brutales y arrebatados, que se enojan á la menor ocasion que les irrite; esta funesta pasion suele ocultarse bajo las hermosas apariencias de la virtud, bajo la capa de la piedad; la cólera de los primeros pasa, á veces, casi tan rápidamente como un rayo, que desaparece así que ha rasgado las nubes; pero la cólera que se cubre con la capa de la piedad, es una cólera de reflexion que se conserva por más tiempo; es un fuego latente bajo la ceniza que se enciende poco á poco: es un afecto sombrío que fermenta, dá en secreto sus golpes, y mucho más difícil de curar que la cólera nacida de un primer arrebato: la razon es, que el hombre se vale de mil pretextos para justificar esa cólera secreta. ¿Cuál es el prin-

cipio de ese género de cólera muda y obstinada, que se quiere hacer pasar por razonable? Lo repito, el amor propio de muchas personas que hacen profesion de piedad.

He dicho tambien, que la cólera provenia á menudo del excesivo apego á los bienes del mundo. En efecto, amados oyentes; ¿cuántas veces no os habeis entregado á los ímpetus de la cólera por haber perdido algunos bienes, por algun perjuicio que se os ha causado, porque no se ha realizado vuestro proyecto de fortuna, porque han puesto obstáculos á vuestros designios, porque os han perturbado en la posesion de lo que os pertenece? Si no tuvieseis tanto apego á los bienes del mundo, no sentiriais tanto su pérdida, y no os encolerizariais tan facilmente por este motivo. ¿Qué ceguedad la vuestra! ¿Creeis hallar una compensacion de vuestras desgracias en los arrebatos á que os entregais, en el furor que os pone fuera de vosotros, en las maldiciones que proferis contra aquellos que creeis que os han agraviado? Jurad, blasfemad tanto como querais; vuestra ira no remediará ninguno de vuestros males, porque en nada hará cambiar los sucesos que os trastornan: por el contrario; vuestros arrebatos solo servirán para haceros más culpables delante de Dios, y para acarrearos mayores desgracias que la pérdida de todos vuestros bienes, toda vez que perdeis vuestra alma.

Acabará, amados feligreses, de daros á conocer las causas de la cólera. La tercera es la falta de sumision á la voluntad de Dios. La vida del hombre está llena de miserias, como dice Job, y tropieza con mil contrariedades, que le hacen insoportable aun á los que parecen más felices. Dios lo permite así para desprendernos del mundo, y para enseñarnos, que aquí no debemos buscar una felicidad duradera, sino aspirar á una más permanente, que está en el cielo. Dios nos aflige con reveses de fortuna, con pérdidas de bienes, con enfermedades, con estaciones malas, y otros accidentes de que se vale para probar nuestra paciencia; quiere cifrar su gloria en nuestra sumision á su voluntad, y hacernos dignos de las recompensas que á la virtud tiene prometidas. Pero, ¿qué hace el hombre airado é impaciente en sus males? Muy ajeno de someterse á la voluntad de Dios, quisiera que la voluntad de Dios se conformase con la suya; nada quiere sufrir que contrarie sus gustos y turbe su dicha. De aquí la impaciencia, los murmullos contra la providencia de Dios, cuando las cosas no marchan á su gusto. La inclemencia de las estaciones le trae inquieto, las enfermedades le desconciertan. Ved á aquel hombre impaciente postrado en cama por su dolencia: ¿no oís sus quejas continuas, ora sobre la violencia de su mal, ora sobre la inutilidad de los

remedios? Está frenético por recobrar una salud, cuya falta le es provechosa. Por más que le propongan los motivos de consuelo, que la religion nos suministra para moverle á tener paciencia, nada le persuade, nada le contenta; y apenas puede sufrir á los que se desviven para auxiliarle: prueba de su poca sumision á la voluntad de Dios. Ved á aquel otro que se queja de los malos tiempos, que quisiera disponer á su arbitrio de las estaciones, y culpa á Dios mismo porque no le son favorables. Este se aflige por una desgracia que le sucede; aquel se apesadumbra porque se le escapa la ocasion de hacer fortuna, porque le abandona un protector, un amigo, ó por la pérdida de un hijo en quien fundaba su esperanza; y no vé, ó por decir mejor, no quiere ver, que Dios permite todos estos infaustos acontecimientos para probar su virtud, y darle lugar para ejercer su paciencia: luego, no se somete á la voluntad de Dios; digamos, pues, que desconoce la religion. Por lo tanto, amados hermanos míos, convenid, en que la cólera y la impaciencia vienen de malos principios, como acabais de verlo. Ocupémonos ahora de sus perniciosos efectos.

2. Todo lo que viene de malos principios, por fuerza ha de ser pernicioso en sus efectos. Tal es la cólera. Sigámosla de cerca, para ver los terribles estragos que causa en la sociedad humana. La cólera vuelve al hombre, que por ella se deja avasallar, enemigo de sí mismo, enemigo del prójimo, y enemigo de Dios; de sí mismo, por los grandes males que le causa; del prójimo, por hacersele insoportable; y, en fin, enemigo de Dios, porque provoca su indignacion. Tales son los perniciosos efectos de la cólera, los cuales deben hacérsela mirar con extremado horror. Para indicaros desde luego los grandes males que la cólera acarrea al hombre, podria deciros, que esta pasion altera su salud, acorta sus dias y le precipita hácia la sepultura. Más vengamos á cosas más interesantes, y veamos los funestos efectos que la cólera produce en el alma. Es propio de la cólera perturbar la razon de aquel en quien domina, robarle la paz y la tranquilidad del alma, sin las cuales no hay en el mundo verdadera felicidad. La razon es el carácter esencial del hombre: ella debe dirigir todas sus acciones, todos sus pasos; es la luz que Dios le ha dado para guiarle. ¿Hay, pues, nada más opuesto á la razon que la cólera? En el momento en que esta pasion se apodera del corazon del hombre, le pone fuera de sí, le arrastra y se sobrepone á su razon; cuya luz se oscurece, así que los negros vapores de la cólera envuelven su alma: el hombre ya no ve lo que hace, ni sabe ya lo que dice. Para convencerse de ello, basta ver á un hombre airado, observar todos sus pasos, acciones y movimientos. Mirad, en efecto, á ese hombre

agitado, arrebatado de furor: todo su cuerpo tiembla como si tuviese una violenta calentura: ved su rostro lívido y desencajado, sus ojos chispeantes, sus miradas amenazadoras, sus arranques furiosos: ¿son esas las señales de un ente racional? ¿No le tomariais más bien por una fiera, ora por un leon que ruge, ora por un lobo que quiere devorarlo todo, que en sus arrebatos no conoce á nadie, ni quiere escuchar razon alguna; que rompe y lo desbarata todo, sin que nadie pueda contenerle; que descarga su furor sobre el inocente como sobre el culpable? ¿Hay nada más insensato, que un hombre enfurecido por la cólera? Muchas veces quiere lo imposible y lo quimérico; quiere que unos niños, que todavía no tienen uso de razon, y hasta que los animales obren como si lo tuviesen; quiere que los objetos insensibles obedezcan su voluntad; y cuando no puede disponer de ellos á su sabor, los arroja al suelo y los hace mil pedazos por despecho, ó por furor. ¿Es esto raciocinar, tener buen sentido? La travesura de un niño, la cachaza de un criado, un mueble que no está en su lugar, una palabra que se escapa casualmente, una bagatela, y, á veces, una cosa indiferente, que para otros seria un motivo de risa, causa al hombre encolerizado unos arrebatos que nada puede calmar. Si se le proponen razones buenas para apaciguarle, no quiere escuchar ninguna, solo quiere satisfacer su pasion. ¿Es esto, decidme, proceder con juicio?

¿Qué mucho, pues, que los hombres de semejante temple no disfruten de ningun sosiego? Se turban, se inquietan y ceden á la impaciencia. Al menor percance que les sucede, hacen sombrías y tristes reflexiones sobre las pérdidas que han sufrido. Si las cosas no van á su gusto, no se enfadan ménos que por sus pérdidas; y como los deseos del hombre no pueden ser completamente satisfechos en esta vida, y tienen lugar, por el contrario, muchos acontecimientos que contradicen sus inclinaciones, de aquí, que el hombre airado é impaciente vive siempre inquieto y desasosegado. Si alguno le ha dado motivos de queja, si le ha ofendido, piensa incesantemente en los medios de vengarse: esta es la primera idea que cruza por su imaginacion al despertarse. El solo aspecto de su enemigo le turba y le da convulsiones, que le ponen fuera de sí. En fin, el hombre colérico é impaciente se parece á un mar borrascoso, que nunca aparece tranquilo; siempre está en movimiento, y no puede gozar de calma ni descanso; su alma es como un infierno, en que no hay paz ni concierto, sino un desórden y horror eternos.

Pero el hombre iracundo no es solamente enemigo de sí mismo; tambien lo es de sus hermanos. Si se hace insufrible para sí mismo;

¿cómo no lo ha de ser para los demás? El hombre nació para vivir en sociedad; y la sociedad no puede ser grata y dulce si no la sostienen la union de los corazones, la educacion y las buenas costumbres. Pero ¿qué sociedad puede tenerse con un hombre colérico, que se enfada de todo y por todo se acalora? Todos tenemos defectos, que nos exponen á ser ofendidos unos por otros; y para sostener la sociedad, es preciso tolerar los defectos de que adolecemos. Pero el hombre iracundo no quiere sufrir nada, y nada perdona. Si recibe alguna afrenta, le veis arrojar fuego y llamas como un volcan: vomita torrentes de ultrajes y maldiciones contra los que han excitado su bilis. En lugar de los buenos modales con que la educacion nos enseña á tratar al prójimo, solo se notan en el hombre airado unas maneras groseras y repugnantes; nadie se atreve á dirigirle la palabra por temor de irritarle; y todos huyen de él como de una fiera, siempre dispuesta á morder y á devorar. ¿Cómo vivir con ese hombre de genio intratable, que se entrega á los ímpetus de su pasion por el menor motivo? Es más prudente apartarse de él, que exponerse á sus violencias. Si hay precision de vivir con él, como los hijos con su padre, una mujer con su marido, los criados con su amo, todos detestan su compañía, y nadie está contento sino en ausencia suya.

¿Cuál es, amados oyentes, la causa ordinaria de las disputas, de los pleitos, de las luchas domésticas que conturban la sociedad humana? ¿No es la cólera? Esta pasion, que nada quiere sufrir, sugiere todos los medios imaginables para obtener satisfaccion de una injuria, de un desprecio que ha ofendido á la persona poseida de ella.

¿No es la cólera la que ocasiona las batallas y las matanzas entre los hombres, que se destruyen con la más cruel inhumanidad? La cólera preside todos los males: esta furia infernal anima al padre contra sus hijos, á los amos contra sus criados, al marido contra su mujer, á la mujer contra su marido. Un solo hombre, una sola mujer colérica será capaz de alterar la tranquilidad de todo un vecindario, y de dividir á los amigos más fieles. ¿Qué más diré, por fin? Un hombre colérico no puede vivir con nadie: no respeta á sus superiores, trata con menosprecio á sus iguales, oprime á sus inferiores, y se hace odioso á todo el género humano. ¿Puede, pues, la sociedad, tolerar á un hombre de semejante condicion?

¿Es de extrañar, despues de esto, que incurra en la desgracia y enemistad de Dios? En efecto; ¿qué cosa más opuesta que la cólera

al espíritu de Dios y al del cristianismo? El espíritu de Dios es de paz, reside en la paz, y no se complace en la turbulencia. El Hijo de Dios vino al mundo para establecer en él la paz: no se le ha oído, dice el profeta Isaías, gritar por las calles; no se le ha visto romper la caña ya magullada, ni apagar el pábilo que aun humea. Nos ha enseñado con sus ejemplos, como con sus palabras, á ser mansos y humildes de corazón; y en su Evangelio nos asegura, que la beatitud es para los pacíficos. Nos ha enseñado amar á nuestros enemigos, á perdonar las injurias, á volver bien por mal. Ahora bien; ¿quién reconocerá el espíritu de Dios, el espíritu del cristianismo, en un hombre iracundo, que nunca está tranquilo? ¿Reconocerá Dios su imagen en una alma alterada por sus impetuosos arranques de cólera? ¿No puede decirse, por el contrario, que esa alma es la morada del demonio, de quien es figura é imagen, puesto que el demonio es amigo y constante promovedor de disturbios, divisiones y desórdenes?

¡Ah! cristianos, ¿quereis vengaros de un enemigo? Dirígtos contra vuestra cólera, volved contra ella toda vuestra indignacion para reprimirla, y repeled todos sus movimientos. Debeis, dice un santo doctor, temer tanto á este enemigo, por justa que os parezca vuestra ira, que es menester cerrarle vuestro corazón, porque es mucho más difícil desterrarle de él que dejarle entrar. Por consiguiente, para dominar esta pasión, es preciso precaver la ira, previendo las ocasiones que tendreis de encenderos en ella, á fin de evitarlas; ó bien defenderos con algun buen pensamiento, con algunas oraciones que os sirvan de escudo contra los ataques de este enemigo. Recordad, en tal momento, las recompensas que Jesucristo promete en su Evangelio á los que tienen un corazón pacífico; dirigidle la oracion de los apóstoles: Sálvame, Señor, del peligro de la tempestad que va á levantarse contra mí. Tomad la misma precaucion cuando veais algun mal que ponga á prueba vuestra paciencia; armaos de antemano de esta virtud; preparaos á sufrir: un mal previsto es menos sensible cuando sucede. Si á pesar de estas precauciones sentís algun ataque de ira, procurad cuidadosamente ahogar, en su principio, las primeras emociones; es más fácil apagar una chispa que un grande incendio: guardaos, sobre todo, de obrar cuando estais irritados; dad lugar á que se calme vuestra pasión. Dejad, por algun tiempo, la ocupacion, el sitio, la persona que ha exaltado vuestra bilis. Si teneis la desgracia de entregaros á los arranques de vuestra cólera, reparad vuestra falta con alguna penitencia, que os impondreis tantas veces como hayais dejado de re-

primirlos. Si la ira os ha empeñado en alguna cuestion con el prójimo, id á verle cuanto antes para reconciliaros con él, á fin de que no se os ponga el sol estando todavía airados: *Sol non occidat super iracundiam vestram.* EPHES. VI, 26. Por último; si la cólera y la impaciencia os avasallan, pedid todos los días á Dios, especialmente en la oracion matinal, que os haga triunfar de esta pasión; tomad, desde entonces, la resolucion de no enfadaros, sucédaos lo que quiera; acordaos, llegada la ocasion, de la resolucion que habeis tomado; y tened presente, que la paciencia ha hecho á los santos, y os asegurará una corona eterna. Amen.

CÓLERA.

II.

Obsecro... ut ambuletis... cum omni patientia, supportantes invicem in charitate.

Os conjuro que os porteis con toda paciencia, soportándoos unos á otros con caridad.

(Eph. IV, 1.)

Aunque cualquiera pasión desordenada basta para quitar la tranquilidad á nuestra alma, y arrastrarla á la culpa; con todo, preciso es confesar, que ninguna pasión es tan violenta como la cólera: primero, porque dá armas á las otras para que se rebelen; luego, porque nos preocupa y exalta especialmente, y nos priva del dominio de nosotros mismos; y, por último, porque nos pone más que ninguna otra pasión en la necesidad de implorar la misericordia del Señor. Ora sea la cólera que llamamos genial, ora le que es una consecuencia del orgullo, ó, en fin, la que es fruto de la venganza, siempre será sumamente pernicioso; porque nos vuelve impacientes, insensibles ú obstinados. En cualquiera de estos tres estados, es la cólera

una enfermedad mortal á nuestras almas. Para curar esta enfermedad, voy á proporcionaros los mismos remedios que S. Pablo dió á los fieles de Efeso. Os conjuro, les decia, que os portéis con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos á otros con caridad. Lo propio os recomiendo, hermanos míos. ¿Quereis triunfar de la cólera genial? Prevenios contra ella con la paciencia y mansedumbre. ¿Quereis vencer la cólera que trae consigo la soberbia? Practicad la humildad, y con ella la reprimireis. ¿Quereis, por último, reprimir la cólera vengativa? Oponedle la caridad. Os lo demostraré, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. La íntima union que hay entre el alma y el cuerpo, hace que el temperamento del uno contribuya á los vicios y á las virtudes de la otra. Si el cuerpo se acostumbra al trabajo, por su parte, el alma revela una firmeza que le da fuerzas para los más penosos ejercicios; y al contrario, si el cuerpo se entrega á la indolencia y al ocio, el alma experimenta una debilidad, que la incapacita de sobrellevar aun la más ligera carga. ¿Por qué tuvo David espíritu y valor para pelear con un gigante, derribarle en el suelo, y cortarle la cabeza? Porque, siendo pastor, ejercitaba las fuerzas del cuerpo, de modo que, en vigor, competía con los osos y leones. Y ¿cuándo dejó David de ser quien era? Cuando dejó de salir al frente de su ejército para ser adúltero en palacio; cuando, digámoslo así, acostumbró su cuerpo á la indolencia, al ocio y á la comodidad.

Y no penseis, oyentes, que la delicadeza del cuerpo solo acobarda y entorpece el alma; tambien fomenta la cólera. Los que llevan una vida de comodidades y deleites, á la más leve molestia se enfurecen é irritan. La experiencia enseña, que en las casas ricas y opulentas tiene más fácilmente entrada la ira. Examinadlo, y oíreis, que sus dueños á todas horas gritan contra los criados y criadas, y los maltratan por cualquiera falta, por insignificante que sea. Seguidles, cuando salen á la calle, y vereis como atropellan al que no les cede humildemente el paso; vereis como amenazan, ó miran con desdén al que no los saluda. Y si alguno se opone á su opinion, ó á sus caprichos, dejan traslucir luego que la cólera les arrastra; respiran fuego sus ojos, arrojan espuma sus lábios, y ofuscada la razon, prorumpen en palabras desmedidas, que perturban la paz de las familias.

¿Cuál es la causa de estos arrebatos de la cólera? No puedo negar, que la prontitud del genio tiene á veces gran parte de influencia en estos arrebatos; pero principalmente provienen del carácter de la

educacion que se ha recibido. Vuestros padres fueron la causa de vuestra cólera genial, cuando no sabian tolerar que se os disgustára en nada.

2. Y ¿cuál será el remedio de esta pasion funesta? *Ambulate*, os diré con el apóstol S. Pablo, *ambulate in omni patientia, et mansuetudine*. Prevenios con la paciencia y mansedumbre para evitar los arranques de cólera, que os son tan frecuentes y habituales. Confieso, que una vez acostumbrados á irritaros por cualquier leve motivo, no es fácil, ni está en vuestra mano, impedir los primeros ímpetus de la cólera; pero puedo aseguraros, que si quereis, con el tiempo y con el cuidado podreis llegar á sufocarla en sus principios. En cuanto empeceis á sentirnos conmovidos, considerad cuanto os importa, no subordinar la razon al despótico y cruel dominio de la cólera: cuanto os importa apagar, desde luego, esa llama, que si se descuidase, acabaria, sin duda, por producir un grande incendio: cuanto os importa, en fin, no dar entrada en vuestro corazon al demonio. Y para reprimir la cólera, despues de sus primeros é inevitables movimientos, debeis con anticipacion y repetidas veces fijar la atencion en lo mismo que entónces habreis de meditar.

Tal vez la cólera se encubrirá con las apariencias de justicia, y sugerirá la idea, de que la obligacion que teneis de corregir las faltas de vuestros súbditos, os da derecho para enojaros contra ellos. Pero decidme: ¿no temeis que vuestro genio bilioso os haga llevar el enojo hasta el punto de exceder los límites de una correccion cristiana? ¿No advertís, que la demasiada acritud de vuestras palabras, en vez de corregir, ha de exasperar el ánimo de los que reprendeis? Si así lo creéis, confesad, que no es justa vuestra cólera. Procure la razon apacible lo que no pudiera conseguir la cólera excitada y preocupada; y, en fin, aunque no fueran, en este caso, culpables sus ímpetus, reprimiéndolos, adquirireis la virtud de la mansedumbre, remedio único para curar la enfermedad de la cólera genial de que adoleceis.

La cólera, que es el fruto de la soberbia, es sin comparacion más nociva. La cólera, respecto de la soberbia, es lo que el calor respecto del agua: así como el calor hace hervir al agua, y sobresalir del vaso; así la cólera hace que la soberbia se deje conocer en los ojos, en el rostro y en las palabras. La cólera excita á la soberbia; la soberbia aviva la cólera; y así hay entre estos dos vicios una mútua y fatal correspondencia. ¿Cómo es, que el rico, el noble, el sábio se irritan con tanta frecuencia? ¿Cómo es, que no pueden sufrir la injuria más ligera? Porque les preocupa su soberbia, su vanidad, su amor propio. ¿Cómo se atreve á oponérseme este pobre? dice el rico. ¿Cómo